

ENSAYO

EL FIN DE LA URSS LA GLASNOST Y SUS EFECTOS

Carlos Miranda*

El autor examina la función desempeñada por la *glasnost* en el proceso que concluyó con la desintegración de la URSS. De acuerdo a este análisis, los objetivos originales de la *glasnost*, es decir, servir de apoyo y complemento a la *perestroika* (haciendo posible el conocimiento público de profundas fallas, graves deficiencias e ineficiencias administrativas y corrupción), pronto se vieron excedidos. No sólo se puso en evidencia que los problemas eran mucho mayores en extensión y en profundidad de lo que se había previsto, sino que existía una interrelación entre ellos que tendía a retroalimentarlos recíprocamente. Esta peligrosa imbricación era la consecuencia de la ideología en todas las esferas de la sociedad. Así, el horizonte de las críticas se amplió rápidamente hasta llegar a plantear serias dudas respecto de los fundamentos de la legitimidad del régimen. Finalmente, el resurgimiento del largamente silenciado problema de las nacionalidades constituiría el último anuncio de la inevitabilidad del desmantelamiento final del imperio.

La *perestroika*, por consiguiente, no podía sino fracasar, pues el propósito de Gorbachov de reformar el sistema sin salirse de él era inviable y contradictorio. A través de la *glasnost*, se concluye, había quedado de manifiesto que el sistema no era reformable; sólo cabía cambiarlo.

* Licenciado en Filosofía y Magister en Estudios Internacionales, Universidad de Chile; M. A. en Ciencia Política, Georgetown University. Profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Chile.

La serie de profundos y acelerados cambios que en el curso de unos breves años se ha desarrollado en el interior de la Unión Soviética, y que finalmente ha conducido a su disolución como Estado, ha tenido significativas y multifacéticas repercusiones en el mundo entero; de hecho, ha afectado no sólo el escenario político y estratégico internacional, sino también las vidas particulares de millones de hombres, dentro y fuera de sus fronteras.

Carecemos, por el momento, de una suficiente perspectiva histórica, y de herramientas teóricas adecuadas para analizar en toda su amplitud las transformaciones ocurridas, las que por lo demás de ninguna manera podría considerarse que han concluido. Su misma importancia, sin embargo, hace necesario el esfuerzo —no exento de riesgos interpretativos— de tratar de dilucidar las causas que desataron un proceso de tantas y a la vez trascendentes e imprevisibles consecuencias.

Por cierto, las causas de la serie de acontecimientos que culminaron en 1989 en el colapso del bloque imperial soviético establecido tras la Segunda Guerra Mundial en Europa Central y Oriental, y en 1991 en la desintegración del Estado soviético —él mismo también un imperio— son múltiples. Sucesivas crisis se suscitaron en todos los planos, ya que, como comenta Robert Tucker, "casi toda patología concebible que pueden sufrir una sociedad y un imperio ha hecho su aparición en la Unión Soviética".¹ Aunque en este estudio me referiré a varias de estas "patologías", mi análisis se centrará en el rol desempeñado en todo este proceso por la *glasnost*.

A mi juicio, la *glasnost* fue un elemento clave porque a través de ella pudieron revelarse públicamente los errores y los horrores del sistema. Ningún aspecto de éste pudo escapar de las críticas posibilitadas por la *glasnost*, la cual una vez iniciada adquirió una fuerza incontrolable, semejante a la de una especie de virus letal que al afectar al sistema en su totalidad, carcomió sus fundamentos ideológicos y morales, con lo que terminó erosionando las bases de su legitimidad. De acuerdo a la "lógica" de los acontecimientos, la consecuencia final de este proceso no podía ser otra que el derrumbe del régimen comunista imperante en la Unión Soviética. Pero lo que pocos soviétólogos fueron capaces de prever fue que la caída del régimen traería consigo la desintegración de la Unión. Intentaré mostrar en este trabajo que el colapso del sistema implicaba necesariamente la disolución del Estado imperial soviético.

¹ Robert W. Tucker, "1989 and All That", *Foreign Affairs*, Vol. 69, N° 4, otoño 1990, p. 96.

El fin de la URSS

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas nació oficialmente el 30 de diciembre de 1922. La fecha exacta de su disolución es algo menos precisa, aunque podría considerarse que ella se produjo, de hecho, el 8 de diciembre de 1991, cuando Rusia, Ucrania y Bielorrusia declararon en Minsk, capital de esta última república, que la Unión Soviética había dejado de existir "como sujeto de leyes internacionales y realidad geopolítica", y acordaron formar una Comunidad de Estados Independientes, contraviniendo con ello la expresa voluntad del todavía Presidente de la Unión, Mijaíl Gorbachov, quien persistió hasta el final en su idea de preservar la integridad del Estado soviético. En el curso de las dos siguientes semanas, otras ocho repúblicas se incorporaron a la nueva Comunidad, y sólo Georgia permaneció al margen de ella.

Gorbachov, no obstante, siguió ostentando el título de Presidente de la Unión Soviética hasta el 26 de diciembre de 1991, fecha en la que finalmente dimitió, en la última reunión del Soviet Supremo, de un cargo que a esas alturas ya no tenía más que un valor puramente nominal, porque de hecho el Estado que él había gobernado durante casi siete años ya no existía. Su acto de renuncia fue, pues, algo casi superfluo, pero revestido, sin embargo, de una dosis de patética ironía y, sobre todo, de un alto contenido simbólico. Fue el último acto oficial celebrado en la Unión Soviética, y también constituyó la ratificación legal de otro acontecimiento de fuerte simbolismo acaecido el día inmediatamente anterior, cuando fue arriada del Kremlin la bandera roja con la hoz y el martillo que representaba a la Unión Soviética y en su lugar fue izada la vieja bandera tricolor de la Rusia imperial.

Estos dos actos finales, por sí mismos importantes y dramáticos, no solamente representaron la caída de uno de los líderes más influyentes en la política mundial del período de la postguerra y el reconocimiento de la extinción de la Unión Soviética en cuanto Estado, sino también expresaron el término definitivo de una serie de otras importantes realidades de este siglo. La desaparición del Estado imperial que había sido una de las superpotencias dominantes en el escenario internacional durante más de cuatro décadas reflejaba el fracaso de la ideología en la que se había sustentado, la cual, a pesar de estar basada en una utopía imposible y de los enormes costos materiales e incontables sacrificios de vidas humanas que había implicado su implementación, había sido capaz, no obstante, de concitar la adhesión de millones de hombres en el mundo entero. Adicionalmente, los mencionados eventos también significaron la confir-

mación definitiva de la disolución de la estructura bipolar del sistema internacional de la postguerra y el final de la guerra fría, que fue la consecuencia inevitable de dicha estructura configurada en torno a dos grandes polos hegemónicos inconciliables entre sí. El sorprendente proceso de cambios radicales que en el curso de unos pocos meses en 1989 había desintegrado al bloque que parecía más homogéneo y cohesionado culminaba así con la propia desintegración del poder central que lo había dominado.

Por cierto, la historia registra la caída de muchos grandes imperios y revela que las veleidades del poder constituyen quizás la característica más constante de la política. Ello es así porque la política, y especialmente la política internacional, ha consistido a lo largo del tiempo esencialmente en una lucha por el poder. Por esta razón, todos los cambios significativos en la distribución internacional del poder han sido en el pasado el resultado de guerras, es decir, del empleo de la violencia. En la presente situación, sin embargo, los cambios se produjeron de manera casi completamente pacífica. Al respecto, la pregunta pertinente es: ¿cómo y por qué pudo producirse un hecho tan anómalo, tan sin precedentes en la historia?

A mi entender, para intentar rastrear una respuesta a esta interrogante es preciso remontarse por lo menos a los inicios de lo que Zbigniew Brzezinski llamó la "crisis terminal del comunismo"² que se hizo patente a mediados de la década pasada. La crisis fue multifacética, ya que se manifestó en las esferas económica, social, política, cultural, étnica, moral, con el agravante de que las dificultades en un área mostraron una tendencia perversa a repercutir en las demás, retroalimentándose y profundizándose. Y es que además, y quizás principalmente, fue una crisis ideológica, que en cuanto tal, y por tratarse de una ideología totalitaria (en el sentido de involucrar todos los ámbitos de la sociedad), afectó los cimientos del sistema, de modo que cuando éstos comenzaron a ser carcomidos por la pérdida colectiva de fe en el modelo que la ideología proponía, todo el edificio tambaleó y terminó desplomándose. Irónicamente, la misma característica totalizante de la ideología que durante decenios había mostrado su eficacia para integrar todos los aspectos de la sociedad bajo su omnímodo dominio, en el momento de su quiebre provocaba la completa desintegración del sistema.

² Zbigniew Brzezinski, *El gran fracaso: Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo veinte* (Buenos Aires: Javier Vergara Ed., 1989).

El diagnóstico de 1985

En marzo de 1985, la Reunión Plenaria del Comité Central del PCUS eligió como Secretario General del Partido a Mijaíl Gorbachov. Su elección de ninguna manera puede ser considerada un hecho fortuito, ya que si bien él representaba una nueva mentalidad, ésta era concordante con la percepción crecientemente extendida —aunque todavía permaneciera en gran medida públicamente silenciada— de los problemas de diversa índole que aquejaban a la Unión Soviética. En otros términos, parecía inevitable que en ese momento el poder pasase a manos de un reformista. En cierto modo, la necesidad de un cambio ya se había vislumbrado en el breve gobierno de Yuri Andropov, quien sucedió a Brezhnev en 1982 y planteó los primeros ataques contra la corrupción y el estancamiento del sistema. Pero la repentina muerte de Andropov en 1984 paralizó momentáneamente el incipiente impulso innovador, al asumir el poder Konstantin Chernenko, un anciano representante de la vieja guardia conservadora. Sin embargo, su período de gobierno fue aún más breve que el de su antecesor y ciertamente no logró contrarrestar las presiones reformistas ya desatadas en estratos cada vez más amplios de la sociedad soviética, incluyendo entre ellos a importantes sectores del Partido Comunista. Esta situación explica la llegada al poder de Mijaíl Gorbachov, un hombre de una nueva generación y con una nueva mentalidad.

Cuando Gorbachov emerge como figura dominante existía, pues, una percepción generalizada del anquilosamiento del sistema soviético, de su incapacidad para cumplir sus propias promesas y así satisfacer las apremiantes demandas sociales de mayor bienestar. Los reiterados fracasos económicos y el retraso tecnológico eran cada vez más evidentes e indesmentibles, lo que era grave no sólo desde el punto de vista puramente económico sino también desde una perspectiva psicológica y moral: la ideología sustentadora de todo el sistema, basada en un supuesto conocimiento científico de las leyes de la historia y de la economía, estaba mostrando sus insuficiencias prácticas y su inferioridad respecto del vituperado capitalismo. Era claro que la competencia en el desarrollo científico y técnico, a la que se había ostentosamente desafiado a Occidente veinte años antes, se estaba perdiendo. Por consiguiente, el problema prioritario que había que resolver era cómo recuperar el dinamismo de la economía, cómo elevar y mejorar la productividad. Por cierto, encontrar una solución adecuada a este tipo de problemas es difícil en cualquier lugar del mundo, pero en una sociedad como la soviética lo era aún mucho más, debido a la penetración del factor ideológico en todos los ámbitos.

La ideología había generado una interconexión entre todos ellos en una especie de red global que resultó fatal cuando se desató la crisis.

Parece poco discutible que el detonante de la crisis fue la situación de la economía. Pero, de acuerdo al diagnóstico de los nuevos líderes, el estancamiento económico era sólo la manifestación externa de un fenómeno de raíces más profundas, consistente en la gradual erosión de los valores ideológicos y morales de la población.³ O como lo expresa Alexander Zinoviev, la crisis no era en realidad económica, sino que se trataba de "una crisis social en la economía".⁴ Factores de la más diversa índole aparecían imbricados y entrometidos en el campo propio de la economía.

Esta anómala situación era, en no desdeñable medida, una consecuencia indeseada de la persistente actitud de los dirigentes de mantener el fervor ideológico de la población mediante la presentación de una visión exitista de la realidad, ocultando las dificultades o renovando una y otra vez la promesa de solucionarlas. Pero si bien esa táctica pudo ser útil durante muchos años, terminó provocando una irreparable pérdida de credibilidad en la palabra oficial. La brecha entre la ideología y la realidad, entre las proclamas y los hechos, fue haciéndose progresivamente ostensible, lo que tuvo como consecuencia que la ideología fuera perdiendo gradualmente su influjo sobre la sociedad y terminara convirtiéndose en objeto de ironía y mofa generalizadas, allanando así el camino al descrédito de la historia y del estilo de vida soviéticos, y a la erosión de los dogmas y valores del marxismo-leninismo.⁵ Y si bien es posible sostener que lo más probable es que la mayor parte de la población jamás creyó de verdad en los principios de la ideología hegemónica, el hecho es que, por necesidad o conveniencia, el ciudadano común supo adaptarse a ellos y se habituó a conformar su vida de acuerdo con sus normas.

Un acertado y lúcido diagnóstico de esta situación es el que plantea Dimitri Simes, quien escribe:

La ideología marxista-leninista, el último pilar del viejo régimen, está irreparablemente dañada. Es cierto que durante la cínica era de Leonid Brezhnev la ideología no fue tomada muy en serio. No obstante, ella proporcionó a la extremadamente conformista población soviética doctrinas y normas útiles para su vida cotidiana. Ellos (los

³ Mijaíl Gorbachov, *Perestroika: Nuevas ideas para nuestro país y el mundo* (Buenos Aires: Emecé, 1987).

⁴ Alexander Zinoviev, "La crisis del comunismo: Un giro en 360 grados", *El Mercurio*, 24 marzo 1991, p. E 19.

⁵ Zinoviev, *loc. cit.*

miembros de la población) sabían que pertenecían a una entidad nueva, histórica, llamada Unión Soviética. Esa entidad era dirigida por el Partido Comunista que, para bien o para mal, estaba ahí para quedarse. Puesto que se presumía que el Partido debía tanto dirigir como proteger a las masas, los individuos (la mayoría de los cuales no experimentaba ninguna incomodidad al describirse a sí mismos como 'gente pequeña') no sentían necesidad de pensar por sí mismos acerca de nada que no les concerniera directamente. Una creencia casi religiosa en un mañana mejor anunciaba que tarde o temprano el Partido estaría preparado para conducir a sus leales subditos al paraíso. Si las cosas no funcionaban demasiado bien en casa, los éxitos externos daban una apariencia de legitimidad a las proclamas del Partido, según las cuales la Unión Soviética estaba dirigiendo la marea de la historia y que eventualmente llegarían las recompensas.⁶

Simes atribuye a Gorbachov el papel de destructor de todas estas pretensiones. A mi juicio, la destrucción había comenzado bastante antes; pero, durante la época de Brezhnev, ella operó y avanzó subterráneamente, y lo que al respecto hizo Gorbachov fue permitir que saliera a la superficie.

El cuadro presentado por Simes, no obstante, refleja adecuadamente el conformismo, la pasividad del pueblo soviético, producto no sólo del régimen de opresión impuesto por el Partido Comunista, sino también herencia de siglos de sumisión bajo el autoritarismo zarista. Lo que en todo caso importa subrayar es que el pueblo supo adaptarse a vivir en las condiciones descritas. A esa adaptación contribuyó, sin duda, la ideología, "último pilar" del régimen, como la califica Simes. Esta misma razón explica lo aseverado antes: la crisis de la ideología fue un ingrediente esencial en el colapso del sistema. Examinemos con mayor detención este punto.

Según Arturo Fontaine, "el proyecto socialista fue fundamentalmente una retórica (. . .) que unificaba al imperio, era la justificación del imperio".⁷ El término "retórica" aplicado al sistema soviético expresa adecuadamente los componentes de ficción, de apariencias, y también de persuasión colectiva que lo caracterizaron. Pero lo que ahora me interesa destacar es la función integradora que Fontaine asigna a lo que él llama "retórica", y que yo identifico como ideología.

⁶ Dimitri Simes, "Gorbachov's Time of Troubles", *Foreign Policy*, N° 82, primavera 1991, p. 100.

⁷ Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher, "Impresiones sobre la Unión Soviética", *Estudios Públicos*, 41, verano 1991, p. 24.

En efecto, en la sociedad soviética la ideología cumplió con singular eficacia práctica el rol integrador, cohesionante de grupos humanos que le atribuyen teóricos de este fenómeno como Leszek Kolakowski, por ejemplo.⁸ Esa función integradora fue deliberadamente reforzada por la ya aludida penetración de la ideología en todos los sectores de la sociedad. Desde esta perspectiva se comprende que la mantención de la adhesión, o por lo menos el respeto —aunque éste sólo fuera formal— a la ideología era esencial. He insinuado que la adhesión masiva verdadera a ella tal vez nunca existió; pero el problema crucial, patente ya en la década de 1970, fue la gradual y siempre creciente pérdida de respeto hacia los dogmas de la ideología. Este fue un hecho clave porque de él se derivaron otros que fueron configurando una fatídica cadena hacia la descomposición y final desintegración del sistema.

El ya citado filósofo polaco Leszek Kolakowski sostiene que una de las funciones sociales que cumple la ideología es la de organizar los valores de una clase o grupo humano.⁹ La ideología no opera en el ámbito de la racionalidad o de la ciencia sino que lo hace preferentemente en el plano de las emociones y creencias. Y si bien los valores pueden estar sustentados en sólidas bases racionales, su efectividad práctica depende de la adhesión emocional, de la fe colectiva que ellos logren suscitar. Por esta razón, la organización ideológica de los valores que un determinado grupo comparte es necesaria para mantener la cohesión interna entre sus miembros, ya que alimenta en ellos su sentido psicológico de pertenencia, su sociabilidad. El quiebre de la ideología implica, entonces, el rompimiento de lazos sociales fundamentales para la pervivencia del grupo. Pero además implica despojar a éste de su suelo de creencias, como diría Ortega y Gasset.¹⁰ Y cuando la fe se pierde se despierta el espíritu crítico, y entonces nacen las dudas y recelos.

El proceso de desintegración de la sociedad soviética constituye una comprobación empírica de este enfoque teórico. A lo que he llamado "pérdida de respeto hacia la ideología" siguieron las actitudes colectivas de escepticismo y desconfianza respecto del sistema y sus autoridades, la pérdida de credibilidad en la palabra oficial, el hábito de la "doble lectura" de las declaraciones, ejercicio inevitable una vez que se ha tomado con-

⁸ Leszek Kolakowski, *El hombre sin alternativa* (Madrid: Alianza, 1970), pp. 25-45.

⁹ Kolakowski, *op. cit.*, p. 25.

¹⁰ José Ortega y Gasset, *Ideas y creencias* (Madrid: El Arquero [diversas ediciones]).

ciencia de la brecha que separa lo que las autoridades dicen y la realidad a la que supuestamente aluden.

En tanto el sistema se mantuvo cerrado, la percepción de la referida brecha careció de la posibilidad expresarse externamente y, por lo tanto, no ocasionó mayores dificultades políticas; pero fue inevitable que, como ya lo indicamos, se extendiese subterráneamente, lo que tuvo un efecto corrosivo en la moralidad ciudadana, ya que el pueblo se habituó a lo que Thomas Remington ha descrito con la expresión "bilingüismo conductual",¹¹ esto es, la actitud de fingir que se cree en los dogmas y verdades oficiales mientras internamente se piensa de muy diferente manera. Casi todos los miembros de la sociedad participaban en este juego de desdoblamiento y sabían que los demás también lo hacían. La prolongada práctica de este tipo de conducta en todas las esferas sociales condujo a la situación comentada por David Gallagher, quien sostiene que en la sociedad soviética realmente no había "ninguna noción de la verdad".¹²

Efectivamente, la bifurcación entre lo que se dice y lo que se piensa implica la introducción dentro de la sociedad de la mentira y, junto con ella, como ya lo advirtió en el siglo XVII el filósofo Baruch de Spinoza,¹³ del germen de la corrupción, que soterradamente irá socavando las bases de la comunidad. Estas nefastas consecuencias son, de acuerdo al análisis de Spinoza, el inevitable producto de las restricciones que el poder político puede imponer a la libertad de expresión. La libertad de pensamiento es absolutamente inalienable y ni aun el más poderoso soberano puede controlarla. Lo que un soberano sí puede hacer es controlar la expresión pública del pensamiento de sus subditos. Pero cuando procede de esta manera, lo que en realidad está haciendo es obligando a sus subditos a callar lo que piensan o a decir cosas diferentes a las que piensan, es decir, los está forzando a mentir.¹⁴ Pero la mentira inducida originalmente para impedir la divulgación de ideas tiende a expandirse a otros ámbitos de la sociedad y concluye envenenándolos a todos. La mentira es la semilla de la corrupción.

Los recientes acontecimientos acaecidos en lo que fue la Unión Soviética constituyen una elocuente comprobación empírica de la teoría

¹¹ Thomas Remington, *The Truth of Authority* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1988).

¹² Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher, "Impresiones sobre la Unión Soviética", *Estudios Públicos*, 41, verano 1991, p. 15.

¹³ B. de Spinoza, *Tratado Teológico-Político*, cap. XX.

¹⁴ Carlos E. Miranda, "Libertad de expresión: El argumento de Spinoza", *Estudios Públicos*, 29, verano 1988, pp. 231-257.

spinoziana. La mentira generalizada, el disimulo, el fingimiento colectivo, provocaron la aparición de variados males en la sociedad soviética. Tales males han sido sintetizados por Zinoviev en su concepto del "homo sovieticus", con el que designa al resignado, indiferente, sumiso y reglamentado ciudadano soviético, quien ha sido despojado de toda iniciativa personal, que espera poco del sistema, pero que recíprocamente tampoco está dispuesto ni capacitado para entregar mucho. El "homo sovieticus" sería, en suma, el producto de un programa de ingeniería social construido mediante la opresión y el terror. Pero ese producto, proyectado ante todo para ser funcional al sistema, se ha convertido en un elemento fatal para el mismo sistema en el momento de la crisis. De la pasividad y la sumisión inducidas durante largos años no cabía esperar el surgimiento de las fuerzas revitalizadoras que ahora se requerían. Como al respecto comenta Jan Feldman: "Es irónico, pero las raíces de la crisis soviética actual pueden localizarse precisamente en el 'éxito' de aquel experimento humano".¹⁵

La cruda caracterización del "homo sovieticus", el producto real de setenta años de dictadura comunista, revela la magnitud del fracaso —o la mentira, como derechamente la califica Di Palma¹⁶— del proyecto ideológico que efectivamente pretendió crear un "hombre nuevo", un ciudadano y productor imbuido en los principios y valores socialistas. En lugar de ello, como resultado de la pretensión constructivista, nos encontramos con el desencantado "homo sovieticus".

En resumen, como consecuencia de la percepción de que el modelo económico y social impuesto no funcionaba, se debilitó el último resto de adhesión ideológica, emergió la desconfianza en los dirigentes y en el Partido, y se suscitó un conjunto de comportamientos morales perjudiciales para la recuperación de la eficiencia productiva y administrativa. Ante la falta de estímulos y de expectativas, empezó a reinar una actitud de generalizada apatía, de pérdida de interés en el trabajo, de pasividad pública, de falta de compromiso social, con secuelas tales como el cinismo y la hipocresía, y también el alcoholismo y la drogadicción. Esta serie de reacciones negativas en el plano moral, consecuencia directa del fracaso de la economía, se convirtió de este modo en la principal causa de nuevos deterioros en dicho sector.

¹⁵ Jan Feldman, "Propagación e impacto de la ideología en la URSS", *Problemas Internacionales*, 38: 5, septiembre-octubre 1989, p. 95.

¹⁶ Giuseppe di Palma, "Legitimation from the Top to Civil Society. Political Cultural Change in Eastern Europe", *World Politics*, 44: 1, 1991, p. 76.

Los nuevos dirigentes advirtieron, con bastante lucidez, que la insatisfacción de las aspiraciones materiales estaba conduciendo a una progresiva descomposición moral, la que, a su vez, repercutía negativamente en la eficiencia de todo el sistema. En otros términos, se había establecido una perniciosa interconexión entre el ámbito económico y el ámbito moral, de tal manera que los problemas en uno de ellos tenían efectos en el otro, los cuales retroalimentaban las fallas del primero, y así sucesivamente. Las implicancias políticas y sociales de este corrosivo proceso eran obvias. Con el fin de detenerlo y revertirlo, era preciso actuar en varios frentes a la vez. Para alcanzar este crucial objetivo, eminentemente pragmático, Gorbachov diseñó sus dos célebres campañas: la *glasnost* y la *perestroika*.

Estas dos palabras rusas alcanzaron rápida divulgación en el mundo entero. Con ellas se designó a dos procesos concebidos como recíprocamente complementarios. En la práctica, sin embargo, éstos corrieron destinos diferentes. Podríamos decir que el primero alcanzó un "éxito" muy superior al previsto originalmente, y en este sentido resultó contraproducente desde el punto de vista sistémico; y el segundo fracasó debido a la confusión tanto en sus planteamientos como en el alcance de sus objetivos.

La *glasnost* y sus objetivos

Glasnost significa literalmente "transparencia informativa". En términos prácticos, ella significó una apertura a la libertad de expresión. De acuerdo con sus planteamientos iniciales, la finalidad específica de la *glasnost* era de carácter moral: lo que se pretendía era cambiar el estilo de vida soviético a través de un proceso de democratización tendiente en último término a revitalizar el socialismo. En palabras de Gorbachov:

Glasnost, crítica y autocrítica, no son solamente una nueva campaña. Han sido proclamadas y deben convertirse en una norma en el estilo de vida soviético. Ningún cambio radical es posible sin esto. No hay democracia, ni puede haberla, sin la *glasnost*. Y no hay, y no podría haber, un socialismo actual sin democracia.¹⁷

Frases como las recién citadas dieron lugar en Occidente a largos debates acerca de cuál era la real valoración de la democracia por parte de Gorbachov, es decir, si la veía como complementaria del socialismo o más

¹⁷ Gorbachov, *Perestroika*, p. 89.

bien como un medio para el fortalecimiento de este último. Hoy, por cierto, el asunto carece de relevancia, porque la *glasnost* adquirió un dinamismo y una dirección muy diferentes a los previstos. Lo que en cualquier caso resulta incuestionable es que a través de esta campaña se produjo efectivamente un cambio significativo en el estilo de vida del pueblo soviético.

Según escribe Gorbachov, mediante la *glasnost* se pretendía poner en movimiento el "potencial moral" de la sociedad para "ganar terreno sobre la pasividad e indiferencia que erosionaban nuestros corazones"¹⁸, esto es, se trataba de activar el "factor humano", para emplear otra expresión del mismo Gorbachov¹⁹, es decir, que cada trabajador llegara a considerarse a sí mismo como un ciudadano activo y respetado, con derechos y deberes, responsable del logro de las metas de la sociedad y comprometido con ellas. Se esperaba que al abrir cauces de participación civil, a través de los cuales el ciudadano corriente pudiera sentirse reconocido como tal al manifestar libremente sus opiniones, críticas y aspiraciones, se revitalizaría la moralidad pública y con ello la eficiencia laboral y administrativa. De este modo, sería posible revertir la tendencia al anquilosamiento económico y tecnológico.²⁰

El ejercicio de esta nueva libertad, sin precedentes en la historia soviética, se volcó en su primera etapa hacia la crítica pública de la burocracia, y los principales blancos fueron la ineficiencia, la corrupción, los abusos de poder. Estas críticas se extendieron rápidamente porque no encontraron resistencia. Ni aun los miembros de la *nomenklatura* se atrevieron a defender o justificar sus prerrogativas. Por otra parte, las nuevas autoridades estaban interesadas en fomentar estas manifestaciones de malestar focalizadas hacia el período de Brezhnev, ya que creían que de este modo se facilitaría la *perestroika*, el proceso paralelo de reformas tendientes a la extirpación de lo que en ese momento todavía se consideraba como meras "desviaciones" del socialismo. Desde esta perspectiva, la *glasnost* parecía ser el instrumento más adecuado para recuperar la pureza ideológica y revitalizar la moralidad pública con ciudadanos que se sentirían partícipes activos y comprometidos en los procesos de toma de decisiones políticas. Finalmente, la economía se fortalecería gracias a los

¹⁸ Gorbachov, *op. cit.*, p. 84.

¹⁹ Gorbachov, *op. cit.*, p. 29.

²⁰ Zbigniew Brzezinski, "La crisis del comunismo: La paradoja de la participación política", *Estudios Públicos*, 30, otoño 1988, pp. 5-17.

nuevos incentivos concedidos a los trabajadores, cuya voz sería ahora reconocida y escuchada.

Este ambicioso programa pareció entonces viable ya que fue diseñado teniendo a la vista el diagnóstico de la situación de la sociedad soviética antes reseñado. Dicho diagnóstico posibilitó la detección de una serie de problemas cuya gravedad demandaba urgentes soluciones; pero, como pronto pudo apreciarse, resultó incompleto, porque no logró captar la extensión ni la profundidad del deterioro. Este fue un error fatal, ya que impidió que Gorbachov pudiera prever la fuerza arrolladora que adquiriría la *glasnost*, proceso concebido como uno de los remedios necesarios para contrarrestar los males detectados, pero cuya acción resultó finalmente letal.

La *glasnost* y sus efectos

Sin duda, Gorbachov desconocía lo que Tocqueville consideraba una de las reglas más invariables que han regido la historia de las sociedades: Las fuerzas de la democracia crecen tras cada nueva concesión, y sus exigencias se incrementan con su nuevo poder.²¹ La *glasnost* permitió comprobar empíricamente el estricto cumplimiento de esta "regla".

Ciertamente, la *glasnost* abrió el cauce para la participación democrática, a través de un proceso inducido "desde arriba" por parte de las nuevas autoridades, de crítica y autocrítica del sistema vigente, con el propósito expreso de reformarlo, lo que se proyectaba lograr mediante el proceso paralelo de la *perestroika*.

En su primera fase, la *glasnost* satisfizo a cabalidad los objetivos esperados. Las denuncias públicas contra las fallas de la burocracia hacían justificables las medidas para renovarla. Sin embargo, la multiplicación de acusaciones acerca de la corrupción, los abusos y la variada gama de deficiencias de la burocracia, provocó otros efectos psicológicos imprevistos y contrarios a los que se pretendía alcanzar. En efecto, las revelaciones desatadas en el marco de la *glasnost*, en vez de elevar la moral pública, tendieron más bien a intensificar el escepticismo y los oscuros presagios de la población.²² Y con esta actitud se allanó el camino para el paso

²¹ Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, Ed. Philips Bradley (Nueva York: Vintage Books, 1954), I, iv.

²² Aurel Braun y Richard B. Day, "Contradicciones de Gorbachov", *Problemas Internacionales*, 39: 3, 1990, p. 39.

hacia otras etapas en el proceso de apertura: el cuestionamiento del sistema que había permitido y hecho posibles los males denunciados.²³

El paso de la *glasnost* a una segunda fase significó exceder el marco previsto por sus impulsores. El horizonte de la crítica se amplió y las denuncias dejaron de circunscribirse a la situación inmediata y a la era de Brezhnev, y se extendieron hasta abarcar también el período de Stalin. El proceso de apertura adquirió entonces una nueva dimensión, cualitativamente diferente. Las acusaciones ya no se referían a errores, abusos, corrupción, y otras variadas deficiencias administrativas, sino directamente a crímenes injustificables. Un número significativo de imputaciones apuntaron a revelar atrocidades perpetradas contra las minorías étnicas del imperio.²⁴

Esto hizo emerger a la superficie el tema de las nacionalidades, que Stalin parecía haber cerrado para siempre. Sin embargo, el repudio del estalinismo, como comenta Brzezinski, "reveló que el tema continuaba siendo, potencialmente, el más inquietante de todos los dilemas políticos internos".²⁵ La represión de las aspiraciones y los antagonismos nacionales no los había hecho desaparecer, y los acontecimientos pronto desmintieron la tantas veces reiterada afirmación de que las viejas nacionalidades habían quedado subsumidas en el concepto más amplio de "nacionalismo soviético".²⁶

Pero lo más grave en relación a este asunto, debido a sus ulteriores consecuencias, es que Gorbachov nunca entendió el problema de las nacionalidades. Michael Kirkwood ha llegado a sugerir que si él hubiera medido la importancia que adquiriría la "cuestión de las nacionalidades", difícilmente habría permitido que la *glasnost* llegase tan lejos.²⁷ Gorbachov pareció creer verdaderamente en la propaganda ideológica acerca de un armonioso Estado soviético multinacional.²⁸ Su ingenua aceptación de este mito lo condujo a subestimar los alcances destructivos que potencialmente podía tener el despertar de los sentimientos nacionalistas en un imperio que albergaba 126 etnias diferentes.

²³ Di Palma, *op. cit.* (nota 16), p. 73.

²⁴ Martha Brill Olcott, "The Soviet (Dis)union", *Foreign Policy*, N° 82, primavera 1991, p. 21.

²⁵ Brzezinski, *El gran fracaso*, pp. 112-113.

²⁶ Brzezinski, *op. cit.*, p. 113.

²⁷ Michael Kirkwood, "*Glasnost*: The National Question and Soviet Language Policy", *Soviet Studies*, 43: 1, 1991, p. 61.

²⁸ Robert G. Kaiser, "Gorbachov: Triumph and Failure", *Foreign Affairs*, 70: 2, primavera 1991, p. 169.

La ceguera o ignorancia de Gorbachov respecto de este tema le impidió percibir que la libertad de expresión posibilitada dentro del marco de la *glasnost* tarde o temprano tocaría este asunto, y desde ese momento, como dice Robert Kaiser, "los días de la vieja unión estaban contados". Y agrega este autor: "La lógica de la *glasnost* y la democratización llevaban inexorablemente al fortalecimiento de los sentimientos nacionalistas, y de ahí al separatismo".²⁹ La única manera de evitar la desintegración del imperio, cuando el proceso de apertura había alcanzado ya ese nivel, habría sido el retorno al autoritarismo centralizado³⁰, pero Gorbachov no quiso o no pudo dar ese paso.

La última etapa de la *glasnost*

Finalmente, hasta Lenin, fundador del Estado soviético, cayó, literalmente, de su casi sagrado pedestal. Según relata Zbigniew Brzezinski, en cierto momento de la *glasnost*, en 1987, cuando arrembaban las críticas al período estalinista, surgió la pregunta: "¿Fue Stalin quien creó su sistema, o fue el sistema el que creó a Stalin?" La respuesta pareció inclinarse por la segunda opción: Stalin era un producto del sistema. Pero entonces había que plantear la pregunta siguiente: ¿Quién creó el sistema? Y ahora la mira comenzó a apuntar hacia Lenin, líder de la revolución triunfante, fundador del Estado soviético, y organizador del sistema que había engendrado a Stalin y hecho posibles sus crímenes. Brzezinski concluye: "En esencia, el legado permanente del leninismo fue el estalinismo, y esa la más fuerte acusación de la historia respecto del papel de Lenin en la construcción del socialismo dentro de Rusia".³¹

La interpretación de Brzezinski acerca de las responsabilidades de Lenin es hoy ampliamente compartida. Pero las impugnaciones al fundador fueron resistidas hasta el final por la élite del Partido. La aceptación del repudio a la era de Stalin ya comprometía buena parte del pasado del sovetismo. Aceptar ahora la desmitificación de Lenin significaba renegar de la totalidad de la historia del comunismo soviético.³² Más aún, la figura de Lenin constituía la fuente última de legitimidad del sistema. Su

²⁹ Kaiser, *op. cit.*, p. 169.

³⁰ Dominic Lieven, "The Soviet Crisis", *Conflict Studies*, 241, mayo 1991, p. 4.

³¹ Brzezinski, *El gran fracaso*, p. 36.

³² Brzezinski, *op. cit.*, p. 67.

caída, consecuentemente, despojaría a las autoridades del Partido y del gobierno de los restos de legitimidad que aún ostentaban.

Gorbachov percibió las potencialmente peligrosas implicancias políticas de los cuestionamientos a Lenin tan pronto como éstos comenzaron a manifestarse. En su libro *Perestroika*, publicado en 1987, Gorbachov ofrece una ardorosa defensa de Lenin, aduciendo que en sus obras se hallaba la "fuente ideológica de la *perestroika*",³³ y que ésta procuraba "resucitar el espíritu vivo del leninismo".³⁴

Pero el esfuerzo de Gorbachov fue inútil. Ya no era posible revertir el nivel de descomposición a que se había llegado. Las críticas desatadas por el proceso de la *glasnost* habían revelado el amplio convencimiento popular de que los errores y vicios del presente y del pasado no habían sido fruto de circunstancias coyunturales, sino que eran inherentes al sistema imperante, inspirado en una ideología engañosa que no conducía a la liberación humana, como prometía, sino a una permanente opresión. Desde esta perspectiva, se comprende que la *perestroika*, tal como fue originalmente concebida, era un proyecto imposible.

El fracaso de la *perestroika*

Perestroika es un término que involucra las ideas de reestructuración y reforma. Gorbachov planteó por primera vez esta estrategia en la reunión plenaria del Comité Central del PCUS celebrada en abril de 1985. Gorbachov concibió la *perestroika* como un proceso necesario e inevitable y de alcances revolucionarios.³⁵ Su objetivo era reformar el sistema dentro del sistema, dentro del socialismo, con el propósito de reforzar el socialismo y desplegar sus potencialidades.³⁶ La *perestroika* debía nutrirse de las revelaciones proporcionadas por la *glasnost*. Pero desde el momento en que ésta excedió los límites prefijados, la *perestroika* comenzó a desdibujarse y sus proclamados objetivos se volvieron crecientemente difusos.

En realidad, la *perestroika* era un proyecto imposible, porque en su planteamiento había una contradicción básica. El diagnóstico de 1985, confirmado y reforzado por la *glasnost*, puso en evidencia la necesidad de

³³ Gorbachov, *op. cit.*, p. 25.

³⁴ Gorbachov, *op. cit.*, p. 73.

³⁵ Gorbachov, *op. cit.*, pp. 17 y 54-55.

³⁶ Gorbachov, *op. cit.*, pp. 38 ss.

reformular *todos* los ámbitos del sistema, debido a que ninguno de ellos funcionaba adecuadamente, y a la ya comentada retroalimentación recíproca de las dificultades de cada esfera en las demás. La acertada percepción de la magnitud y amplitud de las reformas requeridas impulsó a Gorbachov a proponer la *perestroika*, la reestructuración revolucionaria de todos los campos de la sociedad. Pero Gorbachov impuso una condición que hacía inviable su propio programa: las transformaciones debían efectuarse dentro del sistema. Al parecer, Gorbachov nunca comprendió la inconsistencia de este propósito. ¿Cómo reformar la totalidad de las partes del sistema y pretender, sin embargo, mantener el sistema? Gorbachov quedó atrapado en esta contradicción que jamás logró resolver, y que explica el fracaso de la *perestroika* y su propia caída. ¿Qué justificación podía esgrimirse para preservar un sistema que evidenciaba sus deficiencias en todos los campos?

La incoherencia lógica del proyecto reformista de Gorbachov tal vez pueda atribuirse a su fidelidad al Partido, la cual le impidió percibir la completa falta de atractivo que la doctrina comunista tenía para amplios sectores de la población.³⁷ ¿Qué interés podían tener éstos en prestar su colaboración para salvar una ideología en la que nadie creía que había inspirado un sistema fracasado, como lo revelaba día a día la *glasnost*? Por esto la *perestroika* chocó en todo momento con la inercia infranqueable del pueblo soviético, la cual imposibilitó cualquier avance significativo del programa de reestructuración.

El frustrado golpe de Estado de los sectores conservadores del Partido, en agosto de 1991, puso término abruptamente a la *perestroika*.³⁸ Ese acontecimiento puso la lápida al proyecto de Gorbachov, porque constituyó la demostración definitiva de su inviabilidad. El sistema soviético no era reformable, era necesario cambiar su naturaleza misma.³⁹ O más precisamente, sustituirlo por otro diferente. Era evidente que carecía por completo de sentido persistir en un camino no sólo fallido sino también peligroso, como ahora se comprobaba.

Después del intento de golpe de agosto pasado, se ha desarrollado a un ritmo vertiginoso una serie de acontecimientos que han implicado transformaciones profundas y sorprendentes. Boris Yeltsin ha tratado de

³⁷ Kaiser, *op. cit.*, p. 164.

³⁸ Melor Sturua, "The Real Coup", *Foreign Policy*, 85, invierno 1991-92, p. 69.

³⁹ Aurel Braun y Richard B. Day, "Contradicciones de Gorbachov", *Problemas Internacionales*, 39: 3, 1990, p. 49.

desmantelar las estructuras y bases de poder de la vieja sociedad. Su medida más audaz e impactante fue la proscripción legal del Partido Comunista y la confiscación de sus bienes. La Unión Soviética ha dejado de existir, y las quince repúblicas que la integraron son ahora Estados independientes. Once de ellos han conformado una "Comunidad", sobre cuya evolución no parece prudente pronunciarse por el momento, pues persiste un sinnúmero de viejos y nuevos problemas no resueltos de índole política, social, económica, militar, diplomática, etc.

El panorama es extremadamente incierto. El proceso de cambios continúa y nadie sabe dónde ni cuándo terminará. Se ha abandonado la ideología orientadora y cohesionante, la cual no ha sido sustituida por un nuevo proyecto de sociedad. Este vacío ha sido llenado por el resurgimiento del nacionalismo, cuya irrupción en varias de las antiguas repúblicas plantea amenazas de interminables y violentos conflictos.

Conclusión

El imperio soviético se ha disuelto. Las causas de su fin fueron los propios errores y fracasos del régimen que lo gobernó. El proceso de descomposición del sistema se hizo patente a partir de la llegada al poder de Mijaíl Gorbachov en 1985, pero el verdadero origen de los problemas es muy anterior a esa fecha. Por esto, sería enormemente injusto culparlo a él de la destrucción del Estado soviético. Gorbachov detectó el mal funcionamiento del sistema en todas sus áreas, no obstante lo cual pretendió salvarlo. Con este objetivo diseñó sus programas de *glasnost* y *perestroika*.

He centrado mi análisis en la *glasnost*, debido a que, a mi entender, su rol fue determinante en el desarrollo del proceso que ha terminado con la desintegración de uno de los Estados más poderosos del mundo hasta hace unos pocos años. Pero no fue la *glasnost* la que hizo estallar la crisis. Ella sólo permitió la manifestación pública de una crisis global, cuyos múltiples factores causales yacían ocultos, silenciados por la represión oficial, pero que durante muchos años habían estado corroyendo internamente la sociedad.

La libertad de expresión ha demostrado su enorme poder al contribuir decisivamente a derrotar a una de las dictaduras más opresivas que registra la historia. □